



Una conversación con
Emilio Tenti Fanfani



Revista Scholé | Edición número 06 | marzo 2021



“

Sociología de la educación



Sobre el pensamiento de François Dubet

De la obra de François Dubet, sociólogo de la educación francés, hay mucho para rescatar, y creo que hay muchas contribuciones útiles en su obra. En primer término, y de modo amplio, nos da una estimación del valor general de la sociología como una de las grandes ciencias de la educación. Por otra parte, François Dubet tiene una cualidad, que deberían tener todos los buenos sociólogos, que es mirar las cuestiones que tratan, en este caso la educación, desde el punto de vista relacional. Como sociólogo, su foco de análisis de la educación no es internista, no mira solo a la escuela o al sistema escolar, sino que mira el flujo, las interacciones recíprocas entre lo que hace y produce el sistema educativo y las otras dimensiones de la vida social, como son la estructura de clases, la estructura de desigualdades, la estructura económica, el mercado de trabajo, el poder, etcétera. O sea que mira cómo esos otros espacios de la sociedad influyen en lo que sucede en la escuela, en la propia experiencia escolar. Lo que hace y produce la escuela se asocia con ciertas características que no son escolares, son del entorno de la escuela. De hecho, Dubet analiza, con mucha maestría, los impactos o los efectos que tiene lo que hace la escuela sobre esas mismas dimensiones sociales: ¿para qué sirve la escuela? ¿En qué sentido la escuela y lo que produce la escuela (los títulos y diplomas que distribuye) afectan la incorporación de las nuevas generaciones al mercado de trabajo, a la distribución de la riqueza y a otros comportamientos de la vida social? Ese, creo, es el centro de atención de la obra de Dubet. En especial, ciertos temas... que son desde grandes temas a otros mucho más precisos, analíticos.

Uno de los grandes temas que tiene que interesar a cualquier sociólogo de la educación inteligente, y Dubet lo es, es los sentidos de la escuela. Porque esta es una vieja institución y Dubet tiene una perspectiva de sociología histórica muy interesante que muestra que el origen de la escuela está vinculado al del Estado moderno, nace con el Estado moderno. Todavía se nota la huella de este comienzo, pero él reconoce que a partir de la década de 1960, con la masificación de la escolaridad –al menos, en Francia y en parte de Europa–, unida a otras grandes transformaciones sociales de las sociedades capitalistas contemporáneas, el modelo tradicional entra en crisis; y una de las manifestaciones de esta crisis es el sentido de la institución: ¿para qué sirve la escuela? ¿Sirve para producir la integración social, para producir una sociedad más igualitaria, para producir ciudadanos, para desarrollar valores morales? ¿Tiene que hacer todo al mismo tiempo? Este tipo de planteos Dubet los hace de una manera muy original que es de interés y de utilidad no solo para los futuros maestros o docentes actuales, sino para la ciudadanía en general.

Un segundo gran tema que me gustaría destacar de la obra de Dubet (que es una obra muy prolífica, sistemática y rica) es el estudio de la vieja relación entre la escuela y las desigualdades sociales. Siempre se pensó la escuela como una especie de ascensor social, que con más educación las sociedades serían más igualitarias, más ricas. Esperanzas depositadas en la escuela que, muchas veces, no se cumplen. La escuela como lugar donde rige la meritocracia, la famosa igualdad de oportunidades. Una de sus grandes contribuciones para ayudar a toda la gente que vive en el mundo de la escuela –los docentes, las familias– es este bendito tema de la igualdad de oportunidades, que parece ser una consigna que todo el mundo utiliza, todos los partidos políticos –de derecha, de izquierda–, pero a la que enfrenta con elaboraciones muy finas, con un análisis muy crítico acerca del significado del





concepto. En varios de sus trabajos, ha planteado el tema de la igualdad. Hace una distinción muy pertinente entre igualdad y justicia. Dice explícitamente que hay desigualdades que son justas. Lo que molesta son las desigualdades injustas, las desigualdades que no se pueden justificar. ¿Y cuáles son las justificaciones? Este es otro tipo de preguntas y análisis que Dubet hace de forma muy clara y muy interesante.

Sobre las desigualdades

Es particularmente interesante la diferencia que hace Dubet entre la desigualdad de oportunidades y lo que él denomina “desigualdad de posiciones”. Es una distinción muy significativa que se debe tener en cuenta. Una cosa es decir que todos los individuos tenemos la misma oportunidad de llegar a ciertos puestos que existen en la sociedad; por ejemplo, hay ciertos cargos más apetecidos que otros, lugares de privilegio en el mercado de trabajo. Distinto es decir que todo el mundo debería tener la misma oportunidad de llegar a Harvard o estudiar allí, por nombrar una institución muy prestigiosa, que luchar por la igualdad de posiciones. ¿Qué quiere decir esto? En la sociedad existen diferentes posiciones o puestos de trabajo. La igualdad de posiciones significa que el obrero se acerca más a la posición del gerente general de la empresa en términos salariales. No significa que todo el mundo tenga la misma oportunidad de llegar a gerente, sino que se achica la diferencia que hay entre la posición de gerente y la posición de obrero. Creo que esta es una distinción muy importante, y él hace un análisis dialéctico de las interdependencias que existen entre una cosa y la otra. El concepto de igualdad de oportunidades, como bien dice Dubet, tiene un gran desarrollo y una gran vigencia en los países sajones, aunque se ha extendido prácticamente a todo el mundo. Asociado con esto, está la cuestión de la meritocracia, del mérito, que a su vez está muy vinculado con la idea de igualdad de oportunidades. El tema es que la igualdad de oportunidades muchas veces supone una ilusoria igualdad de condiciones, o igualdad de puntos de partida, que está muy lejos de ser una realidad en nuestras sociedades cada vez más desiguales.

Entonces, ¿qué se supone que es el mérito? En el campo escolar, se supone que es el resultado de dos cosas. De las inteligencias, de los dones naturales y de los talentos, y del trabajo y el esfuerzo. Los que tienen más inteligencia, se esfuerzan más y trabajan más, por lo tanto, merecen ciertas recompensas: sacarse el diez o ingresar a ciertas instituciones. Pero nos olvidamos que estos talentos y esta disposición al esfuerzo son cuestiones de carácter histórico. Hay condiciones sociales que favorecen el desarrollo de la inteligencia –por ejemplo, la alimentación–. Y lo mismo ocurre con el esfuerzo: hay que tener una probabilidad de conseguir algo, algún reconocimiento, lo que favorece la disposición al esfuerzo. Si no gano nunca un juego, entonces no voy a querer jugar a ese juego. Si no hay una probabilidad de que pueda ganar, no voy a hacer ningún esfuerzo por jugar ese juego. Allí, uno puede deducir de sus planteamientos una especie de crítica de la escuela porque es donde se aprende la meritocracia cuando el maestro pone notas. Cuando clasificamos a nuestros alumnos, a uno lo mandamos al paraíso y otro va al infierno. Uno se sacó cuatro, otro se sacó tres; el de tres queda eliminado, repite, y el otro pasa. Se supone que ese tres y ese cuatro, esas notas, están expresando



talento y esfuerzo. Ahí aprendemos a reconocer las desigualdades legítimas, las desigualdades justas. Aprendemos que es justo que uno se saque diez y es justo que el otro se saque cuatro. Ese es un caso típico de una desigualdad legítima porque están reconocidas y justificadas socialmente en razón del mérito. No se podría justificar si fuera por herencia, por algo que trasciende las capacidades de los individuos. Lo que pasa es que la herencia existe; no solo la herencia de bienes materiales, sino la de bienes simbólicos. Uno sabe que la cultura se empieza a adquirir desde la familia. El lenguaje, por ejemplo. Algunos nacen con un pan simbólico debajo del brazo, otros con una tortita y otros nacen con casi nada. Estos temas están muy presentes en la obra de Bourdieu: los dilemas de la desigualdad y cómo la escuela, es importante señalarlo, no solo registra o refleja las desigualdades de origen de los alumnos, sino que tiene incluso cierta capacidad de producir ella misma sus propias desigualdades. La escuela no solamente las reproduce, sino que produce desigualdades a través de sus propios mecanismos. Es material de análisis más fino, pero es importante saber que la escuela no es inocente en esta cuestión. Puede achicar las desigualdades de origen o puede incluso ampliarlas. La pregunta es qué condiciones favorecen a la ampliación de las desigualdades y qué factores favorecen al achicamiento de estas desigualdades de origen de los estudiantes.

Una escuela en contexto

Dijimos que la buena sociología tiene una mirada relacional de los problemas. El sociólogo de la educación a veces mira la escuela desde afuera. ¿Qué quiere decir? Significa que observa las grandes transformaciones que se dan en distintos ámbitos de la sociedad porque hay un supuesto sociológico básico: todo lo que pasa afuera de la sociedad –o sea, en la ciencia y la tecnología, en la cultura, en el arte, en la estructura social; también, los cambios en la familia, en las relaciones entre hombres y mujeres, entre grandes y chicos, cambios en los sistemas de producción y difusión de cultura– se siente dentro de la escuela. Por eso, es muy interesante para un sociólogo hacer sociología de la escuela en tanto es un pretexto para estudiar las grandes transformaciones sociales. Porque el otro supuesto básico es que no se puede comprender –o se puede comprender muy poco– lo que pasa dentro de la escuela –y pasan muchas cosas, hay muchos problemas: de desorden, de disciplina, de aprendizaje, en las relaciones entre profesores, entre profesores y alumnos, entre profesores y padres de familia– si no miramos lo que pasa afuera. Hay que mirar lo que pasa afuera para entender lo que pasa adentro. Esa creo que es la mejor contribución que puede hacer un buen sociólogo a la educación: ayudar a los actores escolares a comprender mejor los problemas de la escuela. Quizás una adecuada comprensión de estos problemas nos dé la oportunidad de intervenir sobre ellos para resolverlos. Por ejemplo, en el caso de las desigualdades, la relación entre escuela y desigualdades sociales, una primera constatación es que todos los sociólogos que nos dedicamos a estudiar temas relacionados con la desigualdad social somos partidarios de la igualdad. Nos interesa estudiar el fenómeno, cómo se producen las desigualdades, mediante qué mecanismos, cómo evoluciona a lo largo del tiempo, cómo afecta más a unos que a otros. No solamente por conocer, sino porque también tenemos interés en mejorar la escuela, en construir una sociedad más justa. Todos los que estudian





la sociedad, entonces, tienen un doble interés: un interés intelectual para entender el fenómeno, pero también un interés político para poder intervenir sobre la sociedad para construir una sociedad más justa y más digna de ser vivida.

Mitomanía

Una de las contribuciones de la sociología... en realidad, diría yo, de las ciencias sociales, de las ciencias humanas, es combatir ciertas representaciones espontáneas que tenemos los individuos en la sociedad. Todo el mundo tiene teorías, todo el mundo tiene una serie de categorías, todo el mundo tiene un conjunto de hipótesis, postula una serie de relaciones acerca de las distintas dimensiones de la vida social, y la escuela no es una excepción. Estas representaciones, como se dice normalmente, son teorías, son modos de ver: una teoría es una visión del mundo. Muchas veces, se expresan en frases hechas que son creencias que ni siquiera sabemos cuándo las aprendimos, dónde las aprendimos ni quién nos las enseñó: que la escuela pública es peor que la privada, que los maestros de hoy no son como los maestros de antes, que a los chicos no les interesa nada. A estas creencias las podemos llamar, en términos más antropológicos, mitos. Respecto de estos mitos, estas creencias que adoptamos porque nos sirven para pensar, para ver el mundo, vale la pena que nos detengamos y preguntemos: ¿serán así las cosas?, ¿es cierto que la escuela de hoy es peor que la escuela de antes, que maestros eran los de antes –los normalistas, los viejos normalistas– y no los maestros de hoy?, ¿será cierto que a los chicos de hoy no les interesa nada? La duda es el motor de la reflexión y del conocimiento científico. Poner en duda esas frases hechas puede ser una gran contribución por parte de las ciencias sociales. No hablo solo de la sociología: hablo de la filosofía, la antropología, la historia, por ejemplo. Hay que combatir esas frases hechas que sesgan la mirada porque el mundo ve las cosas a través de estos anteojos. Son como anteojeras difíciles de erradicar. Cambiar una creencia es difícil. Hay quienes no van a admitir que están equivocados ni aunque uno les muestre evidencia. La creencia tiene una tendencia a la reproducción, están muy arraigadas. Y son inevitables, por último. Por ejemplo, un sociólogo puede ser muy racional y muy crítico acerca de los problemas sociales, pero manejarse en el tema del amor y el enamoramiento con mitos, con frases hechas. No somos racionales completamente. Sin embargo, vale la pena hacer este esfuerzo.

Tengo que decir que como la escuela es un lugar común... Todos van a la escuela en algún momento. Es uno de los sistemas masivos que hay y todos hablan de educación, todo el mundo se siente autorizado a hablar de educación, todo el mundo cree que la tiene clara. Muchas veces, estas cosas que nos parecen claras, evidentes, que suponemos certezas absolutas, no son tales. Entonces, vale la pena hacerse las preguntas. Esta es una de las grandes funciones de las ciencias sociales: ayudarnos a tener visiones un poquito más racionales acerca de las cuestiones sociales, lo cual podría facilitarnos la construcción de un mundo mejor.



Entrevista realizada en el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos (ISEP).
Córdoba, marzo 2021

Este material está bajo una licencia
Creative Commons (**CC BY-NC-SA 4.0.**)

